



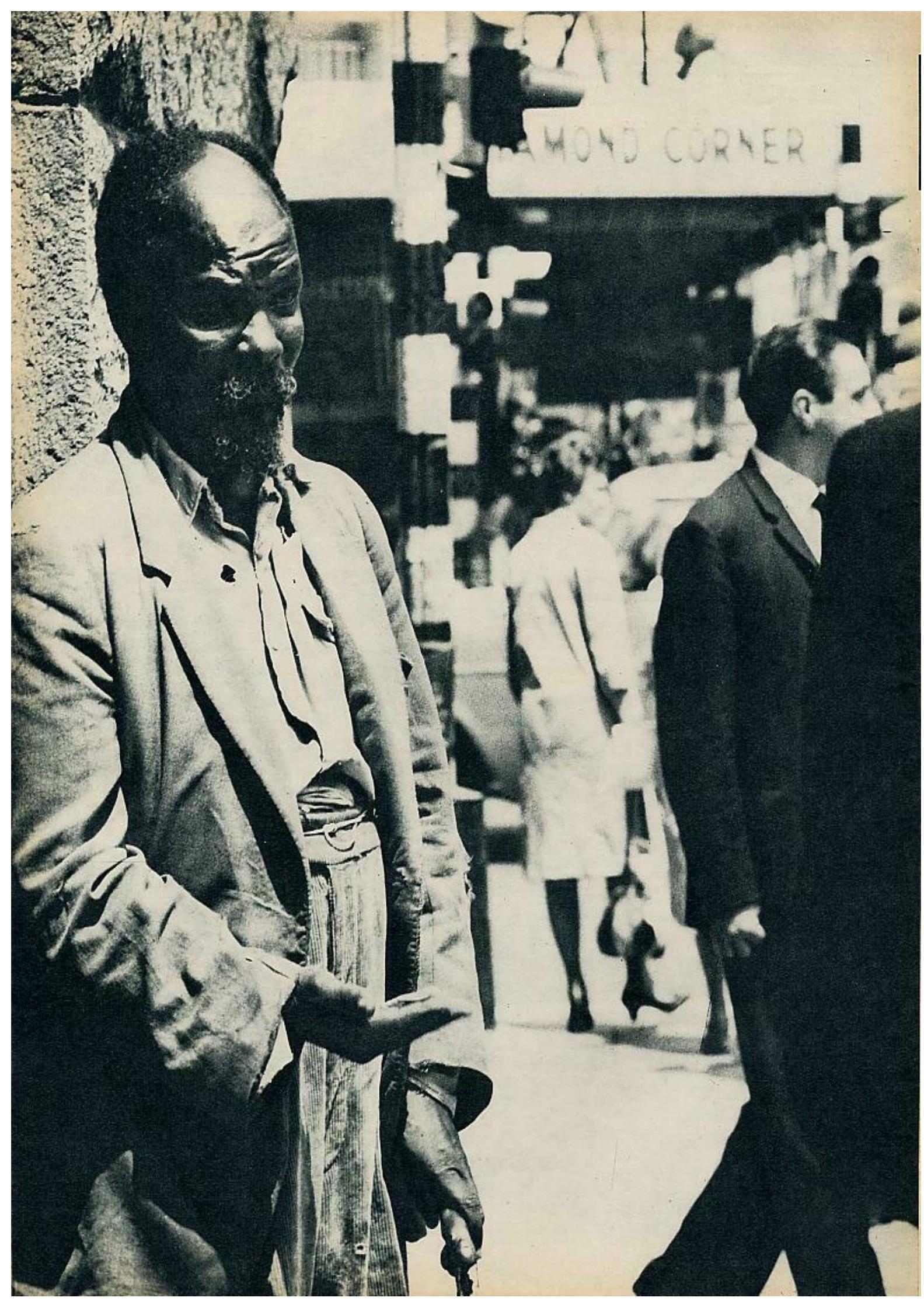
La República Sudafricana divide su población en tres millones de ricos, doce millones de pobres y un millón y medio de clases intermedias. En este país, sin duda uno de los más ricos del mundo, pueden verse los más dramáticos mendigos. Arriba, el Parlamento de la República en Ciudad del Cabo.

POBRES Y RICOS EN AFRICA DEL SUR

EL racismo, finalmente, no es más que un ingenioso sistema de separar los pobres de los ricos y de hacer aquéllos fácilmente reconocibles, de forma que la sociedad quede definitivamente estabilizada. Hasta en las sociedades más aristocráticas —la







POBRES Y RICOS EN AFRICA DEL SUR



Ciudad del Cabo, que junto con Johannesburgo es la capital mundial del oro, ofrece contrastes asombrosos: la miseria más espantosa en el mismo centro de un impresionante despliegue de lujo y abundancia.

aristocracia es un racismo mítico— hay una fluencia, una posibilidad de cambio de castas, de clases sociales. El racismo resuelve el problema de la clase dominante. Uno de los creadores de la actual Sudáfrica, el mariscal Smuts, pronunció en 1917 esta frase: «Para resolver el problema de los nativos es inútil gobernar a los negros y a los blancos en la misma forma y someterles a la misma legislación. Son diferentes, no sólo de color, sino también de almas. En esta frase se encierra lo que llamamos el error del racismo. No es tal error, es un sistema. Gracias a él, la República de Sudáfrica divide su población en tres millones de ricos, doce millones de pobres y millón y medio de clases intermedias —mestizos y asiáticos—, con una rigidez tan absoluta que los detentadores de la riqueza no pueden temer nunca su pérdida.

Todo esto es ligeramente menos absoluto que como queda expuesto. Hay también blancos pobres: la pobreza del más pobre de los blancos es riqueza comparada con la riqueza del más rico de los negros. Y hay también un medio de acceso a la clase superior: a través de una comisión que revisa periódicamente las clasificaciones raciales y esalva a quienes han pasado la línea, a quienes se han «blanqueado» por depuración de la raza. Claro que, para evitar esto, hay unas leyes que evitan los matrimonios mixtos y castigan con penas severísimas toda mezcla de razas. La comisión no se limita a «blanquear»; también «negreza» a los mestizos que se oscurecen, bien por una aventura sexual, bien por un imprevisible «salto atrás» de las leyes de la herencia. La definición oficial de lo que es un blanco es trágicamente cómica:

«Una persona blanca es una persona que, en apariencia, es una persona blanca y que obviamente no puede ser considerada como una persona no blanca, y que es, generalmente, aceptada como una persona blanca; pero no puede aceptarse a ninguna persona que admita ser descendiente de un mestizo o de un negro.»

El sastre retirado Daniel Raubenheimer estaba clasificado como mestizo y cobraba una pensión de retiro equivalente a 900 pesetas; a los sesenta y siete años ha sido reclasificado como blanco, y por ese mismo hecho su pensión ha pasado a ser de dos mil pesetas. Su hija es maestra; al ser reclasificada, su sueldo aumenta automáticamente en un 40 por ciento. A cambio de esto, el viejo sastre no podrá recibir a su hermano en casa, ni viajar con él en el mismo autobús, ni darle la mano en público; su hermano no ha sido reclasificado. No se le considera suficientemente blanqueado. En realidad, su hermano es director de un colegio para mestizos: si «pasa la raya» tendrá que ocupar un puesto similar en un colegio para blancos, quitando el puesto posible a un blanco antiguo.

oro y mendigos

Esta anécdota explica fácilmente por qué en un país considerado como uno de los más ricos del mundo pueden verse los más dramáticos mendigos. Las fotografías que ilustran estas líneas están tomadas en Johannesburgo, que es la ciudad del oro. Sudáfrica es la principal productora de oro del mundo. Las cifras

son impresionantes: en un año produce 713 toneladas de oro, mientras que su inmediata seguidora en la lista, la Unión Soviética, produce menos de la mitad, 350 toneladas. La riqueza mineral, natural e industrial de la República Sudafricana va en aumento. «El país está yendo hacia unos niveles de prosperidad y desarrollo que los hombres más audaces de hace diez años no podían ni imaginar. Ello es el resultado de la estabilidad, la continuidad y seguridad del Gobierno», escribe hace unos días el actual ministro de Asuntos Exteriores sudafricano Hilgard Muller, manteniendo el error ya clásico de que la continuidad significa el progreso, y el otro error más clásico aún —procede de una frase de Goethe— de que «más vale la injusticia que el desorden». El mismo ministro señala que, en los últimos diez años, la renta «per capita» ha hecho que el nivel de vida de los ciudadanos de Sudáfrica iguale las de los ciudadanos de Estados Unidos y Australia, y supere a las de Canadá y Nueva Zelanda. Pero la repartición de esa renta sigue sometida a las diferenciaciones raciales: es decir, a las diferenciaciones de clases separadas por el color de la piel.

los jefes blancos

Conviene que nos detengamos a examinar los perfiles de algunos de los dirigentes blancos de Sudáfrica, de algunos de quienes mantienen esta situación.

VERWOERD.—El primer ministro es profesor de Psicología Aplicada y de Sociología y Trabajos Sociales. Su primer acto político fue protestar contra una decisión del Gobierno, que permitió la llegada al país de un pequeño barco de inmigrantes judíos. De 1937 a 1948 dirigió el periódico «Die Transvaler», y se distinguió por su antisemitismo, su antibritanismo y su apoyo a la propaganda nazi. Una sentencia del Tribunal Supremo le consideraba así: «Ayudó la propaganda nazi, hizo de su periódico un instrumento de los nazis en Sudáfrica, y lo hizo de plena conciencia». Sus editoriales le condujeron a la política activa y fue ministro de Asuntos Nativos en 1950. En 1958 fue elegido presidente del Partido Nacional y, por consecuencia, Primer Ministro, y dirigió desde entonces la represión contra todos los movimientos antirracistas. En 1960, un granjero blanco le disparó dos tiros, de los que curó rápidamente: su agresor fue considerado loco y encerrado en un asilo donde, según se dijo, se suicidó. El 1961 nombró ministro de Justicia a B. J. Vorster, que durante la guerra había estado encarcelado por pertenecer a un partido nazi. Verwoerd mantiene una dictadura férrea y un misticismo de la segregación racial. Cuando fue elegido Primer Ministro, exclamó: «La voluntad de Dios estaba en las urnas».

SIR DE VILLIERS DE GRAAF.—Dirige el Partido Unido. (El Partido Nacional de Verwoerd agrupa a los blancos de origen e idioma holandés; el Partido Unido, a los de origen británico. El Partido Nacional reúne la riqueza agrícola; el Unido, la industrial, comercial y minera.) Especialista en Derecho Constitucional y en Historia. Diputado en 1948, después de haber sido combatiente en la segunda guerra y prisionero de los italianos. Ha tratado de mantener Sudáfrica dentro de la Comunidad Británica de Naciones. Es propietario de inmensos rebaños de raza holandesa, y posee importantes riquezas familiares. Es el jefe de la oposición: se ha distinguido por su falta de oposición. El lema que ha dado a su partido es éste: «discriminación con justicia».

SIGUE

POBRES Y RICOS EN AFRICA DEL SUR



El doctor Verwoerd, primer ministro, un hombre que en otro tiempo se distinguió por su antisemitismo, su antibritanismo y su apoyo a la propaganda nazi. Mantiene una dictadura férrea y un misticismo de la segregación racial.

OPPENHEIMER.—Dirige el Partido Progresista, que tiene once diputados disidentes del Partido Unido. Harry Frederick Oppenheimer es hijo del hombre que controló, hasta su muerte, todas las minas de diamantes del sur de África y, por consiguiente, el mercado mundial del diamante, al mismo tiempo que controla importantes intereses en oro y cobre. Participó en la política activa hasta la muerte de su padre, momento en el que tuvo que ponerse al frente de los negocios familiares. Es ahora el presidente de un grupo que representa cuarenta minas, más una serie de negocios que van desde la fabricación de productos hasta los Bancos. Es uno de los hombres más ricos del mundo. Aparece como moderado y enemigo del *apartheid*. El Partido Progresista, bajo su dirección, carece de peso en la vida nacional.

la segregación como doctrina

Con este grupo dirigente, Sudáfrica ha creado una doctrina política. Hasta la independencia de las naciones africanas, el racismo no era ni siquiera una política, era un hecho. A partir de la enorme presión de los países negros recién liberados y de la toma de posición de la mayor parte de los países del mundo contra el racismo y el colonialismo, el país quiso convertir en doctrina y filosofía su situación. La fórmula actual se basa, más o menos, en la antigua frase de Smuts antes citada: los negros y los blancos tienen «almas» distintas, y no pueden vivir juntos. Se crean zonas apartadas para la residencia de los nativos, donde se desarrollan a su manera, «bajo tutela y protecciones». Escuchemos de nuevo al ministro de Asuntos Exteriores, Muller: «A este problema, la historia y las realidades de África dictan una sola solución: ésta es la del desarrollo separado, pero completo, de los pueblos sudafricanos. Por una parte, la República salva los distintivos nacionales de su pueblo, de origen europeo. Al mismo tiempo, ayuda a las varias naciones bantús («Bantús» es el término aplicado a los sudafricanos negros) a mantenerse dentro de sus fronteras para encontrarse a sí mismas y ser ellas mismas. Esta ayudando a esas naciones a bastarse a sí mismas, arreglando sus propios asuntos a todos los niveles de la actividad nacional». El ministro explica que esto ha sido ya realizado en el Transkei, un territorio que agrupa 3.500.000 habitantes «xhosa», que tiene ya un Parlamento propio con poder creciente, que un día llegará a ser autónomo. En el fondo de esta política se adivina el deseo de dividir la República en cuatro Estados: uno blanco, otro mestizo, otro asiático y otro que agrupe los negros, dividido en varios «bantustanes» o zonas reservadas a los bantús. Veamos ahora lo que va a pasar en esos «bantustanes», a juzgar por lo ocurrido en el Transkei que pone como ejemplo Muller.

el mito del transkei

Las elecciones para el Parlamento del Transkei se hicieron el 7 de diciembre. El Gobierno de Verwoerd decretó la «ley de excepciones», que impide las reuniones

públicas, de forma que toda campaña electoral fue imposible. El parlamento cuenta con 109 miembros, pero sólo han sido sacados a elección 45, mientras los otros 64 se nombraban de oficio entre los jefes tribales nombrados por el representante de Verwoerd, Mantazina, convertido así en primer ministro del Transkei. Aun así, la policía, los impuestos y las comunicaciones siguen en manos del Gobierno central, y las decisiones que adopte el Parlamento no podrán ser aplicadas si no es con la conformidad de los «consejeros» blancos del Transkei, y mediante el visto bueno del Presidente de la República Sudafricana. Naturalmente, las poblaciones negras de la República no han aceptado esta ficción que tampoco ha conformedo a las nuevas naciones independientes de África.

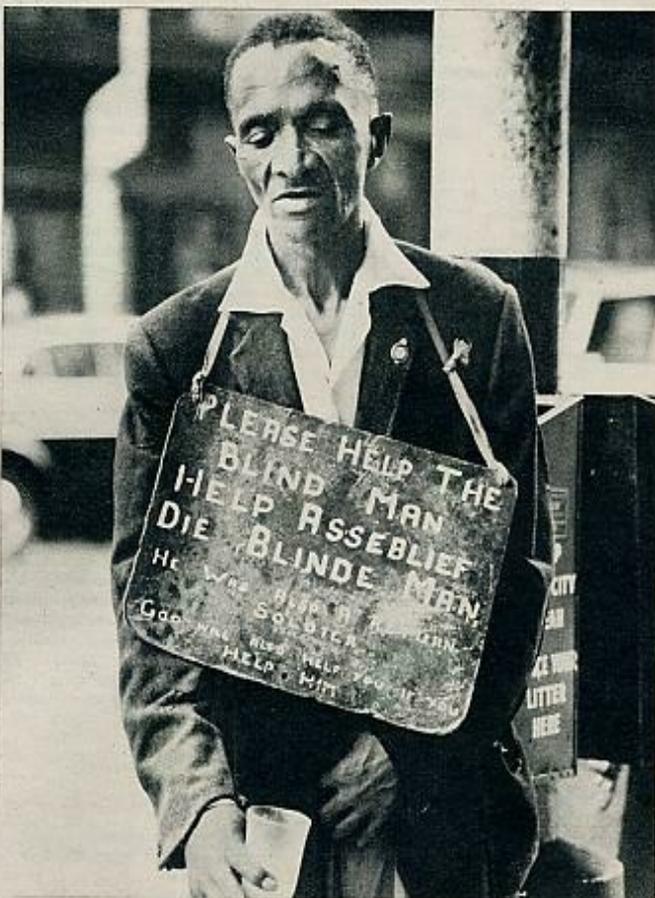
vaga oposición mundial

La oposición contra esta manera de vivir en la República Sudafricana es tan amplia que puede decirse que tiene el mundo en contra. Por lo menos, en apariencia. Ha sido denunciada varias veces en las Naciones Unidas: el último resultado ha sido una votación en el Consejo de Seguridad en el que por ocho votos y tres abstenciones se ha adoptado una resolución, condenando la política de *apartheid*, pero sin decidir ninguna medida práctica de bloqueo. Con esta resolución, el Gobierno de Verwoerd gana un año. Se le ha dado de plazo hasta el 30 de noviembre para convocar una conferencia multirracial que ponga fin al régimen de *apartheid*, y al mismo tiempo se crea un comité de expertos que estudie medidas prácticas para forzar a Verwoerd a que cambie su actitud. No hay ninguna posibilidad de que Pretoria acepte la conferencia multirracial. En cuanto al comité de expertos, se considera que no podrá presentar su informe hasta febrero próximo, y que, por lo tanto, el Consejo de Seguridad no podrá volver a estudiar el caso, salvo urgencia, antes de un año.

Una presión más importante fue la decidida por las naciones africanas reunidas en Addis Abeba. En ella se estableció un sistema de «boycott» firme contra Sudáfrica, y el principio de ayuda, incluso armada, a los nativos en rebeldía contra el Gobierno blanco. Hasta ahora, el único resultado ha sido el aumento del presupuesto de guerra de la Unión Sudafricana.

lucha interior

La única solución previsible es la presión interior, la oposición de los bantús. Esta oposición es reprimida con dureza sin límites. Recientemente, uno de los dirigentes de un movimiento de oposición, Nelson R. Mandela, llamado «Pimpinela Negra», ha sido condenado a prisión perpetua con siete de sus compañeros. Una amplia campaña mundial, sin distinción de sectores, ha protestado contra el anuncio de las condenas, y no sólo contra ellas, sino contra toda la política de *apartheid*. El «New York Times» señala en un editorial (15 de junio) la tragedia de Mandela y sus compañeros: dedicados a crear un Estado no racial por medio de la no violencia, han sido conducidos a la violencia por el propio Gobierno de la República Sudafricana. El juicio contra los integrantes del movimiento «Umkhonto we sive» («La lanza de la nación») ha durado nueve meses. Han sido acusados de 192 actos de sabotaje, de creación de campos de entrenamiento de guerrillas y, evidentemente, de inspiración comunista. Nelson Mandela ha hablado durante cuatro horas y media ante los Tribunales. Merece la pena hacer un extracto, por breve que sea, de su declaración ante el juez Quartusde Wet:



"El acusado número uno habla. Soy yo. Me presento en dos palabras: soy titular de una licencia de letras y durante muchos años he ejercido la profesión de abogado en Johannesburgo. Actualmente visto el uniforme de los presidiarios. Desde ahora, me interesa aclarar los alegatos de las autoridades, según las cuales la lucha de África del Sur está dirigida desde el extranjero o influida por el comunismo. Nada menos exacto. Lo que he realizado, y de lo cual soy enteramente responsable como individuo y como dirigente de mi pueblo, ha sido inspirado por mi conocimiento de África del Sur y por mi filiación enteramente africana, que es para mí un motivo de orgullo. Entre las acusaciones que se me hacen, algunas son fundadas; otras, no. No pretendo negar mi intención de recurrir al sabotaje, y no por gusto de la violencia ni de la aventura. Mi decisión resulta de un frío y claro examen de la situación política de mi pueblo después de un largo período de tiranía, de explotación y de opresión por parte de los blancos. Hemos llegado a la conclusión de que el ejercicio de la violencia era inevitable por la política misma del Gobierno y porque no hay otro camino que permita al pueblo africano realizar victoriosamente su combate contra la ley de supremacía de los blancos. La violencia que hemos escogido no es la del terrorismo. Estamos todos impregnados de la tradición del partido Nacional africano, que es la de no violencia y recurso a la negociación. Pero no todos podemos ignorar que la continuidad de cincuenta años de no violencia han llevado al pueblo africano a una situación cada vez más represiva y con menos derechos. Cuando ciertos de entre nosotros discutimos la cuestión en mil novecientos sesenta y uno, llegamos a la conclusión de que nuestros discípulos comenzaban a perder fe en la no violencia y concebían inquietantes ideas de terrorismo. Decidimos entonces iniciar el sabotaje, pero nuestros guerrilleros recibieron instrucciones estrictas de no poner nunca en peligro las vidas humanas en sus operaciones. Ese ha sido siempre el objetivo de las guerrillas. Es exacto que una cooperación estrecha se ha establecido a veces entre nosotros y el partido comunista. Pero la cooperación se limita a la eliminación de la supremacía de los blancos. Sin duda, es difícil para los sudafricanos blancos llenos de prejuicios, con respecto al comunismo, comprender que los políticos africanos puedan aceptar la amistad de los comunistas. No podemos ofrecerles el lujo de mantener a distancia gentes que, como nosotros, luchan contra la opresión, con el pretexto de que nos separan de ellos diferencias doctrinales. Durante decenios, los comunistas han sido el único grupo político de África del Sur que trataba a los africanos como seres humanos e iguales. Comían con nosotros, vivían, trabajaban, discutían con nosotros. Yo reconozco haber sufrido la influencia marxista: como Ghandi, Nehru, Krumah y Nasser. Pero de mis lecturas marxistas y de mis conversaciones con los marxistas he obtenido la impresión de que los comunistas consideran el sistema parlamentario de Occidente como antidemocrático y reaccionario: yo, por mi parte, soy un sincero admirador de ese sistema. Nosotros combatimos dos fenómenos legalizados en la vida de África del Sur: la pobreza y la falta de dignidad humana. África del Sur es uno de los países más ricos del mundo, pero es una tierra de contradicción. Los blancos tienen un nivel de vida que cuenta entre los más elevados del mundo, mientras que los africanos siguen viviendo en la miseria. La ausencia de dignidad humana de que sufren los africanos es el



Nelson Mandela, líder de un movimiento de oposición cuyos miembros son, actualmente, víctimas de la represión. Mandela ha sido condenado a cadena perpetua con siete de sus compañeros, suscitando una amplia campaña mundial.

producto de esa política. Los africanos quieren un salario igual, derecho a ocupar los puestos de trabajo de que sean dignos, establecerse donde deseen, derecho a poseer parcelas de tierra... He cultivado el ideal de una sociedad de libertad y de democracia donde los seres humanos tengan oportunidades iguales y vivan juntos en la armonía. Es un ideal por el cual estoy dispuesto a morir si las circunstancias lo exigen y si Dios lo quiere así."

Cuando el juez pronunció la sentencia de prisión perpetua, Mandela y sus compañeros prorrumpieron en gritos de alegría: estaban seguros de que la hora les esperaba. En realidad, hace unos años habrían sido ahorcados. Algo se ha ganado en África del Sur...

el premio nobel, prisionero

En su granja de Groutville, el presidente fundador del Congreso Nacional Africano, Albert Luthuli, conoció, con emoción, las palabras de su antiguo discípulo Mandela. Luthuli, Premio Nobel de la Paz 1960, no puede salir de su granja desde hace cinco años; acaba de ser confinado allí durante cinco años más. Tiene prohibido hablar o escribir para el público; nadie puede visitarle en su casa, ni aun sus vecinos, sin un permiso especial del Gobierno. El profesor Luthuli, hijo de un misionero congregacionista, firmemente unido al movimiento misionero mundial, no puede hacer más que esperar pacientemente y releer una y otra vez su Biblia que, como él dice, le ha enseñado que un cristiano no debe ser nunca violento, pero que no debe obedecer las leyes que impidan su dignidad esencial, prefiriendo cualquier castigo, cualquier prisión, a la violencia. Ha pasado muchos de sus ya largos años —sesenta y seis— en las cárceles por seguir esta política. Luthuli no ha podido participar en la reunión de su partido, que decidió interrumpir la no violencia para comenzar el sabotaje. Ello no ha impedido que el ministro de Justicia le haya confinado ahora por cinco años más, por considerarle comprometido en actividades prohibidas y por «esposar la causa del comunismo».

JUAN ALDEBARAN

(Fotos CAMERA PRESS-ZARDOYA y CIFRA)

